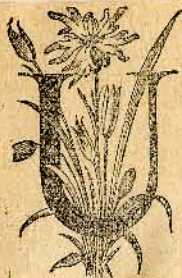


Un caso de soberanía popular

O. C. tomo X



NO de mis amigos dice que entre las poblaciones más características de España y más dignas de ser en ella visitadas, se cuentan en primera fila las que tienen obispo y no gobernador, es decir, las que sin ser capitales de provincia, tienen catedral y cabildo. Tales son, entre otras, Sigüenza, Astorga, Tuy, Mondoñedo, Ciudad Rodrigo, Burgo de Osma, Tarragona, Orihuela... etc. La observación me parece atinada, pero yo, por no ser menos que ese mi amigo y tan enamorado como él de las viejas poblaciones enclavadas en vida apacible y uniforme, tengo también hecha mi observación al respecto, y es que merece visitarse los que llamo pueblos *terminales*, aquellos que no son de paso para ningún otro, sino término de viaje, aquellas al llegar a los cuales no hay sino volverse por donde a ellos se haya ido. En estos pueblos, que son como remaneros de vida pública a la orilla de las grandes corrientes humanas, y tal vez no lejos de alguna cascada social, en estos pueblos trascurre la vida más íntima, más llena de contenido propio. Siempre he creído que, si bien son las grandes ciudades el ámbito más propio para despertar y alimentar a la generalidad de los espíritus, hay en cambio algunos de éstos, los más recogidos y más jugosos, que se encuentran mejor y medran más en las pequeñas ciudades. Ni Sócrates ni Kant hubieron menester salir de sus ciudades natales,—de las que apenas se ausentaron sino poquitas veces y por poco tiempo cada vez,—para influir sobre el mundo todo de los espíritus. Y es que para ciertos hombres y en condiciones especiales, es la vida interior tanto más rica y variada, cuanto más pobre y uniforme sea su vida exterior. Además de lo cual, cabe decir que la pobreza y uniformidad de esta vida exterior en las pequeñas ciudades, en las apartadas villas y en los lugareños recogidos fuera de las grandes corrientes históricas, no son sino pobreza y uniformidad aparentes, bajo las cuales palpita y se revuelve y verbenea rico y variado caudal de pasiones, que con sus choques y contrachoques producen trágicos efectos. Esas tranquilas poblaciones tienen su historia, tanto más intensa a las veces cuanto se desarrolla más libre de la historia extensiva de que se colma los anales de las naciones.

Por mi parte declaro que me interesan más las luchas y discusiones entre los partidos y facciones que dividen los pequeños pueblos, que no las más de las guerras en que se ven envueltas las grandes naciones. No hace muchos días, escuché el relato de las divisiones de un pueblecillo de esta provincia de Salamanca y de las persecuciones con que persigue uno de los partidos al otro, y lo escuché con más interés que leo los relatos de la guerra ruso-japonesa. Y es que a medida que se achica el campo de la visión, se va

más claro, y es más fácil y más atractivo estudiar sociología en la vida de una aldea, que no en la vida de una confederación de naciones, y de aquí que uno de los sueños de mi vida sea llegar a escribir la historia universal (el Garbanzal de Abajo ó de Barrocal de Traspueente, es decir, la historia universal toda reducida a la de un lugarejo y en la de éste mostrada).

Uno de esos pueblos terminales, perdido en un rincón de la provincia de Zamora es Fermoselle, y voy a contaros un suceso que en él ocurrió no hace mucho y es suceso de grandísima importancia social, á saber: la caza y muerte de un matón ó bravo, de un hombre que en otro tiempo ó en otro lugar habría llegado á caudillo, ó pastor de pueblos.

Aséntase Fermoselle en el interior del piñón que forman el Tormes y el Duero al rendir aquí sus aguas á éste, cerca del punto en que la línea entre las provincias de Zamora y Salamanca acaba en la frontera de Portugal, y dentro de aquella primera provincia española.

Deslinda á Fermoselle de Villarino, en la provincia ya de Salamanca éste, el río Tormes, y de Portugal lo deslinda el Duero. Es Fermoselle uno de esos pueblos terminales de que hablaba: no se va por él á nadie alguno en que haya que ganar, y quien allá emprenda un viaje, será para volverse por donde fué. Como pintoresco lo es su contorno cual el de muy pocos pueblos. Un pueblecillo cuyas casas parecen sembradas á voleo entre peñascales, á los que se agarran para no caer, en medio de un paisaje de berruecos, tormos y peñascos, en que donde quiera se resquebraja el suelo mostrando sus entrañas rocosas. Y á este paisaje pedernoso, de entrañas rocosas á flor de tierra, adúle-gúlo una fresca verdura de vegetación que medra allí á sus anchas, merced al calor que inculca en la cuenca. Y como el pueblo yace y vive lejos de cualquier gran senda, apartado de caminos de mucha gente, salen sus hijos á buscarse la vida corriendo mundo.

Los fermosellanos son gente andariega é industrial. No pudiendo mantenerse en su término, han solido verterse por los colindantes, trayendo y llevando mercaderías, como buhoneros, dedicados en especial al comercio ambulante de encajes y puntillas.

En este ambiente de apartamiento, á donde llegan, sin embargo, ecos de las partes todas del mundo que los fermosellanos recorren; en este remanso de las grandes vías sociales, se crió y formó un hombre con pocas ganas de trabajar y muchas de dar que hablar. Tal es, en efecto, el manantial de las bravuconerías y de los caudillajes todos. El horror al trabajo, al verdadero trabajo, á la acción continua y metódica, y como seguimiento de la holganza el ansia de gloria, es lo que hace los matones.

Por no trabajar pasan hartos trabajos, y exponen la vida antes que emplearla en cotidiana labor. Y es cosa que da que pensar el que sea entre estos holgazanes por invencible repugnancia al trabajo, donde se despierte con más fuerza el anhelo de andar en copias. Este anhelo, el consumiente apetito de notoriedad, lo que he llamado alguna vez *crostratismo*,—de *Cróstrato*, que por hacerse famoso prendió fuego al templo de Diana en Efeso,—ese furioso desco, trasunto de la sed de inmortalidad que nos aqueja por de-





bajo del apremio de tener que ganarnos el pan de mañana, suelo encenderse más pronto y con más llama en los que parece se sienten menos apegados á la codicia de conservar la vida. El desprecio á la vida, la ansión de renombre y el horror al trabajo suelen ir en gentes de cierta calaña, juntos y confundidos. Parece como si vencido el instinto de conservación y con él la acuciosidad de trabajo para colmarlo, se enderezase en su vigor todo el instinto de perpetuación. El caso es que el matón ó guapo es tan holgazán y despreciador de la vida como acucioso de gloria, aunque ésta se restrinja á moderados límites. Conténtase, por el pronto al menos y mientras no gusta de su deleite todo, con que su gloria y la fama de sus hazañas se derrame por los alrededores y contornos de su pueblo natal; conténtase con ser el gallito del cotarro en que las gentes se conocen unas á otras y saben de sus linajes y parentelas respectivos. Prefieren ser cabeza de ratón á no cola de león.

a/

El hombre de quien decía, por mote el Doroteo, se dió á conocer ya desde mozo como enredador y pendenciero, como hombre que buscaba ociosidad y fama. De huelga en huelga, de fiesta en fiesta, de pendencia en pendencia, allí estaba donde hubiera algo en que dar que decir. Y al cabo se fué á esa República Argentina, y ahí se rozó con lo que aun queda de gauchaje, y oyó de Juan Moreira, de Pastor Luna, de los héroes populares del coraje y del vagabundo, y aprendió á jugar de la faca y soñó con cargarse y stropellar á la policía y con andar en coplas. Y el que siente anhelo de ser cantado anhela serlo en su propia casa, entre los suyos, por los que le conocieron de niño, y por los hijos de éstos. El profeta ansía serlo en su propia tierra, y así verá hombres que han llenado con el prestigio de su nombre la redondez de muchas naciones y mueren entristecidos porque los suyos, los de su lugar natal, los que se agrupan en torno á la iglesia en que recibió el bautismo, no sancionan con su voto ese ancho prestigio. El deseo de cualquier héroe es que su estatua se levante en el sitio en que se nació su cuna y donde jugó cuando niño: que sus hazañas ó sus dichos sean narradas aquéllas ó repetidos éstos por los hijos de los compañeros de su infancia, que estos sus compañeros se los cuenten, y que al pasar junto á la casa en que él naciera, digan á sus hijos y nietos: "aquí nació y allí jugaba yo con él al marro".

El Doroteo se volvió á Fermoselle desde esa Argentina, trayéndose la historia de Juan Moreira en la maleta y su sombra obsesionante en el espíritu. Y vino á caer en su pueblo cuando éste se hallaba dividido por cuestión de un arriendo de consumos hecho por los ricos del pueblo mismo, lo que los pobres llevaron muy á mal. Los consumidores entregaron al Doroteo los recibos que no habían podido cobrar, y empezó la vida pública y hasta cierto punto moretesca de nuestro gauchito de Fermoselle. En poco tiempo se constituyó en autoridad espontánea, en dictador de lugar. Castigaba á unos por denuncia de otros; detenía en las calles á las rondas de mozos, exigía las navajas y se las quitaba ó se las devolvía luego de embotrarlas el pincho; cobraba el barato en tabernas y merenderos; acudía á romerías y bailes y fiestas á pasear su gauchera y hasta á interrumpirlos cuando así se le antojaba; buscaba á los re-

putados por valientes para abatir su valentía, y pensaba y decía que habría de andar en coplas de ciego, siendo comidilla de las gentes. Parecía contar, á las veces por lo menos, con la implícita protección de las autoridades, que toleraban sus desmanes.

Cuando pasé yo por Fermoselle, en Mayo de 1901, estaba el Doroteo en la cumbre de su popularidad, y pude observar que se le

admiraba tanto como se le temía. Hablábase de sus proezas con delectación de los que de ellas hablaban, y parecía verse en aquel matón la madera del caudillo, por el que suspiran siempre los pueblos todos, de suyo rebañegos y borreguiles. Pero, á la vez se protestaba de sus osadías. Luego de haberme yo marehado, supe que el día mismo en que fui de Fermoselle á Villarino, había tenido el propósito, que no realizó, de acudir á la romería del teso de San Cristóbal, en el segundo de los dichos pueblos, á aguar la fiesta, cortando el baile cuando más en sazón se hallase.

Mas, como según el viejo dicho decidiero, nada violento es durable; llegó, por fin, el día de la catástrofe, que lo fué el jueves de Corpus de aquel mismo año. Y sucedió que, hallándose el pueblo fermosellano en la plaza, de baile y hojorío, llegó el bravo á cortar la fiesta y mandar á su casa á cada uno, velando por no se sabe que sosiego. Y frente á un bravo surgió otro que le dió rostro y le desafió á guapeza, y se hizo cancha y raya y empezó el duelo. Y el Doroteo, que padecía del corazón, sintió aflojarse, y se batió en retirada y, dejando la navaja, tuvo que acudir al revólver, y el pueblo entero, en masa, se fué sobre él. Y entonces, ocurrió lo más trágico y formidable, cual fué la caza de un hombre por un pueblo todo, á ciencia y paciencia de las autoridades locales, que cruzadas de brazos, contemplaban la cacería. ¿Y qué otra cosa iban á hacer? No eran entonces aquéllos justicias sino cachos de muchedumbre, pedazos de colectividad, y no podían sentir sino con el alma común. En casos tales, lo mismo que en los de revolución, el individuo se derrite y deshace en la muchedumbre y con ella piensa, siente y quiere; vuelve, por así decirlo, al protoplasma social de que surgiera para hacerse ciudadano. Los más ardientes despiertan en todos los demás instintos atávicos que la policía social mantiene comprimidos, y en momentos tales, roto el freno de toda autoridad, asumen los pueblos su soberanía ideal. El pueblo no es verdaderamente soberano más que durante los motines y revueltas; conseguido lo que con éstos se propone,—si es que se propone algo,—vuelve, por hado inflexible, á hacer dejación de su soberanía.

He dicho "si es que se propone algo", porque en los más de los motines no hay más finalidad que el motín mismo, y lo que parece ser su causa, no es sino una ocasión, un pretexto para que estalle. Hay en los hombres y en los pueblos cierta tensión que necesita desplegarse y se despliega en forma violenta, cuando no encuentra otra, y mucho más en los individuos y en los pueblos ociosos con ociosidad espiritual interior, en individuos y pueblos cuyas conciencias no se sienten agitadas por el misterio de problemas de destino. Los pueblos que no se inquietan por hordos problemas religiosos, los pueblos sumidos en rutina ó en indiferencia, son los que más fácilmente se agitan en estériles



conmociones y en infecundas disenciones civiles. Nada hace a un hombre más pacífico y más laborioso que el vivir en él en continua lucha el corazón con la cabeza y sentir que roza las honduras de su espíritu el aleteo del ángel del misterio. Hay aquí en España crimenes que se califican de asesinato por robo y que yo creo son de robo consiguiendo al asesinato. ¿Y por qué asesinan? se me dirá. Y respondo: por hacer algo trágico y formidable; por dar ocupación a los hondos resortes del espíritu que no se emplean en nobles empeños: por ociosidad espiritual. Soplara por nuestra España un viento de obsesión religiosa, aunque fuese de fanatismo,— que no le hay, digase lo que se quiera,— sobrecogieran la preocupación de si hemos de salvarnos de la muerte eterna, como les sobrecogía a los molinos de Cromwell, y disminuiría la criminalidad.

Me explico a un hombre escéptico ó indiferente, que no se preocupe ni poco ni mucho de ultratumbas y de reconditeces espirituales religiosas, viviendo el tal hombre en una sociedad que saca su vida moral, como de oculto manadero, de vieja tradición, que a los poco avisados les parece muerta, pero no me explico una sociedad entera indiferente ó agnóstica, irreligiosa, sin que venga a parar en perniciosas convulsiones con que dé salida a una energía que no halla mejor empleo. Ni basta para emplearla la rutina fe del carbonero, el repetir un credo muerto.

Mas ello fué, volviendo a nuestro relato, que el pueblo todo ferrosellano, representado en la plaza por muchedumbre, se fué sobre el bravo Doroteo, al verlo flaquear. Batióse él en retirada y se refugió en una vivienda. Cercaron la casa y le pusieron sitio en ella: intentaron darla fuego; se subieron al tejado para atacarle desde allí. Fué una caza en toda regla, como si se tratase de una fiera. "En todos los aposentos de la casa habia sangre", me decía uno al contarme el suceso. Cuando yaciendo muribundo entraron sus perseguidores en el cuarto en que agonizaba; al verle sacudirse en sacudidas de agonía, desalojaron al punto la estancia, por miedo. Y así es como fué cazado y linchado el Doroteo, en Feroselle, el día de Corpus.

Después se ha visto la causa, que dió no poco que hablar, y fueron absueltos por el jurado los procesados. Y bien miradas las cosas, bien absueltos, porque al Doroteo no le mataron éste ni aquél, sino que le mató el pueblo todo, por mano de quienes materialmente le mataron; lo mató el pueblo todo, como tal pueblo, y ni siquiera todos y cada uno de los que lo componen. Fué un acto de soberanía popular, fuera de leyes, ó mejor dicho, por encima de ellas. Por encima ó si queréis, por debajo, que me es igual.

Y no es que con esto quiera justificar la soberana justicia popular, no. Sólo quiero decir que no puede juzgarse ese acto conforme a leyes sancionadas. Fué ejecutado en momentos en que la ley estaba en suspenso y en suspenso toda autoridad; fué ejecutado en motín, mientras el pueblo había asumido su soberanía para deponerla, una vez la sangrienta ejecución cumplida. De ordinario entre el individuo y la sociedad de que forma parte, se interponen las leyes y las autoridades, y esto es lo normal; juzga y condena ó absuelve la sociedad al individuo mediante

leyes y autoridades, y mediante leyes y autoridades reclama de la sociedad el individuo los que cree sus derechos. Y así acaba por suceder que las leyes y las autoridades sustituyen a la sociedad, y a las veces la tiranizan. Pero hay momentos solemnes, momentos trágicos, en que se suspende la función de la ley y de la autoridad y, para bien ó para mal, la sociedad se encara directa é inmediatamente con el individuo ó éste con aquélla; hay entonces una suspensión del llamado derecho. El Doroteo lo había suspendido, a ciencia y paciencia de las autoridades, frente al pueblo ferrosellano, y un día, día de Corpus, el pueblo suspendió el derecho frente al Doroteo. Trasladada a más amplia escena, es la historia del caudillo. El caudillo gobierna sin más ley que su voluntad, y sin más ley que su soberana voluntad de un momento, le juzga y condena y ejecuta el pueblo, en un acto que es a un tiempo mismo juicio, condena y ejecución.

He dicho "voluntad de un momento" y no sin adrede. ¿Quién nos dice que, si el Doroteo vence en la plaza en aquel día de Corpus, y se impone una vez más al pueblo, no llegara a ser el ídolo de éste? Si en vez de haberlo juzgado, condenado y ejecutado soberana y extralegalmente,—ó superlegalmente más bien,—por la ley de Lynch, que no es tal ley; si en vez de esto le prende al fin la autoridad judicial y va a la cárcel y se fuga de ella como Mamed Casanova se fugó, ¿no hubiera llegado a ser ídolo de la muchedumbre ferrosellana, como de la gallega lo fué Mamed? En el diálogo titulado *Critón*, en que Platón hace hablar a Sócrates del deber de someterse a las leyes siempre, aunque fuesen injustas, dice Sócrates a Critón que no se debe hacer caso del vulgo, que "fácilmente mata sin razón alguna, y resucitarla si fuera capaz", sin más razón que mató. Y Manzoni, en el capítulo XIII de su admirable novela (*I Promessi Sposi*), nos dice del vulgo mismo, que "quien llega a persuadirle de que un tal no merece ser descuartizado, no necesita gastar más palabras para convencerle de que sea digno de ser llevado en triunfo". Mas ¿no es acaso el criterio que dictó a Sócrates y a Manzoni esas sus respectivas palabras un criterio jurídico aplicado a actos que el pueblo ejecuta en momentos de suspensión trágica de toda jurisdicción legal? ¿No podrá decirse *ius populi, ius Dei*; "sentencia del pueblo, sentencia de Dios", como se dice *vox populi, vox Dei* "voz del pueblo, voz de Dios". llamando *ius populi* a la justicia que el pueblo ejerce en los momentos de suspensión trágica del derecho? ¿Se ha de juzgar con mezuquino criterio de abogado un acto de soberanía, de verdadera soberanía popular? Un individuo no debe tomarse la justicia por su mano, se dice; pero un pueblo sí. Y hasta un individuo, si logra suspender en pro suyo, la jurisdicción legal, y se hace de veras soberano,—dirá alguien.

Ni del caudillaje y el linchamiento; ni de la tiranía y la revolución, se juzga bien, juzgándolos según las leyes. Así como el hombre para poder vivir necesita interrumpir de tiempo en tiempo lo más de la vida y restaurar a ésta en el sueño, que es como un anticipo de la muerte, así necesitan los pueblos descender a las veces por debajo de las leyes, quebrantarlas y bañarse en algo que es como un recuerdo de la existencia de la horda soberana. De tales baños salen más frescos y más vigorosos para la vida del derecho, y salen, además, más propicios a someterse a la ley. Los pueblos que han gustado del desorden, son los que aprecian las ventajas del orden, su contrario.

Queda otro punto, y es el de requiear y escudriñar, por qué al pueblo le atraen tanto figuras como José María, Diego Corrientes ó el guapo Francisco Esteban, aquí en España, y Juan Moreira,—el maestro del Doroteo,—ahí en la Argentina; pero esto nos llevaría muy lejos, y he de hacerlo en alguna parte. No todo es turbio y malsano en el culto al bandidaje, ni olvidemos que el Cristo prometió su gloria a un bandido que moría en la cruz, junto a él. En el bandido no suele haber hipocresía; se presenta tal cual es, y así resulta ser, en el fondo, humilde. No se escuda en ley ni finge derechos, para imponer su capricho. Suele ser, además, generoso, y es en lo hondo, humilde. Releed, si no aquella parte del *Quijote*, en que se habla de Roque Guinart y en que reconoce éste la insolencia del oficio en que andaba.

Tal fué lo que en Feroselle, tranquilo pueblo de la provincia española de Zamora, acurrucado entre bravos peñascales, lejos de las grandes vías de los pueblos, donde el Tormes rinde, frente a Portugal, sus aguas al Duero, ocurrió el día de Corpus de 1901, y tales son las reflexiones que el trágico suceso, me ha superido.

Miguel de Unamuno

